

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

38

ABRIL-JUNIO

1950

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México. D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país.....	\$7.00
Exterior	dis. 2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs.
Margo Glantz	<i>La dimensión americana en Antonio Caso</i> 255
Bernabé Navarro B.	<i>Vasconcelos, profeta de América</i> 269
Juan Hernández Luna	<i>Imagen de América en Alfonso Reyes</i> 291
Raúl Cardiel Reyes	<i>El ser de América en Agustín Yáñez</i> 301
Francisco López Cámara	<i>La ontología americana de Edmundo O'Gorman</i> 323
Rafael Moreno	<i>Gaos y la filosofía hispanoamericana</i> 339
Leopoldo Zea	<i>La historia de las ideas en Hispanoamérica</i> 365
Risieri Frondizi	<i>Tipos de unidad y diferencia entre el filosofar en Latinoamérica y en Norteamérica</i> 373

	Págs:
José Ferrater Mora	<i>El problema de la filosofía americana</i> 379
Patrick Romanell	<i>Una visión de las dos Amé- ricas</i> 385
Filmer S. C. Northrop	<i>Los factores genéricos y di- ferenciales en la cultura panamericana</i> 393
Louis O. Kattsoff	<i>"Filosofía americana": un adjetivo ambiguo</i> 403
Herbert W. Schneider	<i>La emigración de ideas ha- cia América</i> 411

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Emilio Uranga	<i>El Existencialismo.</i> (Norberto Bo- bbio.) 415
Augusto Salazar Bondy	<i>Da filosofia.</i> (Pero de Botelho.) . 418
Luis Villoro	<i>La filosofía actual.</i> (Inocente Ma- ría Bochénski.) 422
Jesús Zamarripa Gaitán	<i>El arte como experiencia.</i> (John Dewey.) 426
Elena Orozco	<i>Psicoanálisis y Existencialismo.</i> (Viktor Franklt.) 428
Alfonso Zahar Vergara	<i>Oración en elogio de la jurisperu- dencia.</i> (J. B. Balli.) 435
J. H. Luna	Noticias de la Facultad de Filoso- fía y Letras 439
Rafael Heliodoro Valle	Notas y noticias de América . . . 443
Publicaciones recibidas 459
Registro de revistas 460

LA EMIGRACION DE IDEAS HACIA AMERICA

Cuando los europeos llegaron a América trajeron consigo sus ideas. Un buen número de éstas se quedó allá, o porque querían deshacerse de ellas, o porque no eran transportables, o porque quizás resultaron inutilizables en el nuevo medio. Para el traslado de las ideas no hay mejor razón que la dificultad en deshacerse de ellas. Ahora bien, una vez que desembarcan en costas americanas, las ideas corren una suerte distinta y extraña. Las circunstancias nuevas sirven automáticamente de campo de prueba para las viejas ideas: algunas ideas alcanzan nueva significación; otras se pierden pronto de vista. De ahí que la historia de las ideas en América adquiera tanta importancia supuesto que sirve para determinar su generalidad, su aplicación a las actividades humanas y su flexibilidad cultural. En América las ideas se enfrentan, no sólo con un nuevo mundo, sino también unas con otras, dentro de nuevas perspectivas. Ideas que en Europa estaban muy distanciadas en el espacio, en el tiempo, o en cuanto a su valor, aquí pueden verse presionadas, a causa de su estrecha proximidad, a llegar a un arreglo mutuo y a decidir si son o no existencialmente compatibles. Por eso los historiadores de la cultura y de las ideas no deben mirar a las Américas como una mera provincia, porque aun cuando representan las fronteras de la cultura europea que han estado —y todavía están— *relativamente incultivadas*, estas regiones “salvajes” son altamente significativas como centros de nuevas interpretaciones. La vida del espíritu toma, en tales medios, formas y sentidos que difícilmente se ajustan a los patrones de una dialéctica de la historia europea. Y aun si intentamos reconstruir la dialéctica de la historia universal subrayando la intervención del Oriente y del Occidente en América, el modo complicado que aquí han tenido las ideas de mezclarse, confundirse, combinarse y reconstruirse, vuelve imposible interpretar la experiencia americana como una

simple frontera o frente del llamado Occidente, y nos obliga —a quienes vivimos y pensamos en medio de estas complicaciones— a descubrir espontáneamente nuevos puntos de partida y nuevas aventuras en el camino de las ideas. No es una casualidad que la filosofía de la historia americana sea un tema inquietante, ya que el Nuevo Mundo es, desde sus comienzos, una mezcla arbitraria y curiosa de conceptos viejos y creencias antiguas.

Por “arbitrarias” entiendo aquellas ideas que se yuxtaponen exteriormente en este medio, ideas que en su generación histórica e interna, en Europa, fueron partes constitutivas de muy distintos sistemas filosóficos y patrones culturales. Así, las ideas que no son trasplantadas únicamente sino separadas, adquieren una novedad, una frescura dijérase, un “estado de naturaleza”, que fuerza a interpretarlas como un nuevo comienzo histórico. Por esta causa América es capaz de continuar siendo la Némesis de la dialéctica histórica, ya que introduce en la historia nuevas creaciones que los europeos no pueden y los americanos no quieren incluir en ninguna filosofía de la historia establecida. Así como los pueblos primitivos se presentan ante los europeos como “pueblos naturales”, los americanos continuarán siendo para ellos “ahistóricos”.

No es el propósito de esta ponencia probar en detalle esta tesis general. Es suficiente que tal contacto con la historia de la filosofía en América pueda servir de hipótesis fecunda a una larga serie de investigaciones. Lo que sostenemos en esta ponencia es que desde este punto de vista la historia intelectual de Centro y Sudamérica está más estrechamente unida con la de Norteamérica de lo que pudiera parecer. La falta de un contacto estrecho, por ejemplo, entre las tradiciones españolas e inglesas, tanto en Europa como en América, pudiera parecer, a primera vista, un obstáculo insuperable para los congresos interamericanos. Pero cuando nos percatamos de que en América, a diferencia de Europa, tanto los pueblos de habla española (y portuguesa) como los de habla inglesa han ido paulatinamente a las filosofías francesa, alemana e italiana; que estos préstamos se han transformado en nuevas filosofías y que estas nuevas filosofías han vivido en relativo aislamiento a pesar de sus fuentes comunes en Europa, cuando nos percatamos de esto surge un problema interesante que sólo podemos resolver en común. ¿Cuál es la significación de esta diversificación americana para nuestra apreciación del sentido y valor de las filosofías que hemos importado?

LA EMIGRACION DE IDEAS HACIA AMERICA

Una simple mención de algunas de ellas hará ver inmediatamente la importancia de este problema para la historia de la filosofía. Toda la América ha importado el positivismo francés, la filosofía crítica kantiana, la filosofía del espíritu de Hegel, el idealismo de Croce, el tomismo católico, el existencialismo alemán. Todas estas corrientes estaban más unificadas en Europa que en América. Aquí han sido utilizadas como ideologías por movimientos y grupos tan diferentes, se han desenvuelto en tantos sentidos, que quien intente escribir la historia americana de cualquiera de ellas se encontrará escribiendo una historia que tiene poca unidad fuera de una fuente única. ¿Cuánto tendrá en común la pequeña comunidad utópica de Modern Times, Long Island, con las huestes positivistas del Brasil, aun a pesar de haber sido ambas discípulas de Augusto Comte? De haberse encontrado habrían entendido su terminología, pero ¿habrían simpatizado en propósitos y sentimientos? O imagínese una conversación entre un profesor de los Estados Unidos que expone la significación de la estética de Croce y un profesor de la Argentina que predica la filosofía de la educación o la política de Croce. No es posible que alguno de ellos presente la filosofía de Croce con el sentido que tiene en Italia.

Es verdad, desde luego, que tales diferencias de acento y adaptación cultural pueden observarse también en Europa. Hegel lo ha significado todo para muchos hombres, y casi nada para otros. No obstante, el desenvolvimiento característico que estos sistemas europeos han recibido en el Nuevo Mundo es extraño a la experiencia europea y más radical. En este sentido América ha servido de campo de experimentación de los grandes sistemas filosóficos occidentales que se aplican a circunstancias e intereses impensados en Europa.

Quizás también las filosofías orientales han empezado a tomar en América nuevas direcciones y significados. Tengo la impresión, sin embargo, de que la recepción del pensamiento oriental en Estados Unidos—que ha sido muy reciente—ha seguido de cerca los moldes europeos. No sólo hemos recibido, en su mayor parte, de Europa, nuestro conocimiento de la filosofía oriental, sino que nuestras interpretaciones han sido guiadas por las de los eruditos europeos. Probablemente esta situación está cambiando y quizás en un futuro próximo las adaptaciones americanas del pensamiento oriental podrán desempeñar un papel no menos significativo que nuestras adaptaciones de las filosofías europeas; pero por el momento,

la historia del pensamiento oriental en América me parece algo relativamente oscuro.

La política es el aspecto más obvio de la diversidad cultural Americana, y el ejemplo más claro de las contribuciones típicamente americanas a la historia de las ideas europeas es la variedad de los movimientos políticos que una filosofía dada ha servido. El idealismo de Hegel, para citar un importante ejemplo, sirvió a las rebeliones y a las repúblicas de Sudamérica al principio del siglo diecinueve para desacreditar la rebelión y la esclavitud en los Estados Unidos; fué utilizado en Hispanoamérica por los anticlericales que abogaban por la separación de la iglesia y del estado, y por los nacionalistas religiosos en los Estados Unidos a fin de justificar el nacionalismo cristiano. Fué utilizado por los demócratas de Massachusetts en contra de los federalistas, y por los republicanos de Missouri contra los demócratas. En México ayudó a los socialistas y en Canadá a los conservadores.

Los empiristas han tildado de irresponsables, social y moralmente, a filosofías de ese tipo que sirven casi indistintamente a cualquier causa. Su abstracción, dicen, las hace vacías de sentido. Aunque Hegel hubiera podido replicar que su teoría fué creada *in concreto* y aplicada a la historia con sorprendente detalle, y los hegelianos posteriores hubieran podido replicar que la mayor variedad de aplicaciones aumenta también la fuerza y la plenitud de sentido del sistema en cuanto un todo.

No deseo suscitar aquí una polémica acerca de la relación de tales aplicaciones con el proceso de verificación, porque aun admitiendo que esta flexibilidad histórica haga ociosa la verificación, el hecho es que tal flexibilidad resulta, culturalmente, de enorme importancia y fuerza. Así pues, la historia de las ideas debe tomar más en serio aquellas ideas cuya historia es menos estable y cuyo sentido está menos definido.

Si hubiera espacio y tiempo disponible, podríamos seguir de esta suerte enumerando las distintas clases de contenidos —religiosos, científicos, artísticos, etc.—en que han plasmado las ideas importadas. Pero, insístimos, nuestro propósito no es enumerar estos hechos, muchos de los cuales son bien conocidos. Nuestro propósito es señalar la significación general de estos hechos para una filosofía de la historia de las filosofías en América, y recomendar este campo de investigación como especialmente apropiado para la investigación cooperativa interamericana.

HERBERT W. SCHNEIDER